

Capitulo:

- I Presentación
 - [II De las Abejas](#)
 - [III Cuantas especies hay de ellas y cuál es la mejor de todas](#)
 - [IV De la situación en que se han de colocar das abejas y cuál es la mejor comida para ellas](#)
 - [V De la elección de sitio para el colmenar](#)
 - [VI Cuáles son las mejores colmenas](#)
 - [VII Como han de colocarse las colmenas](#)
 - [VIII De la adquisición de los enjambres, y del modo de escoger los silvestres](#)
 - [IX Cómo se conservan los enjambres de nuestras colmenas, y cómo se recogen otras](#)
 - [X Qué figura tiene la reina de las abejas](#)
 - [XI Cómo se enmienda la despoblación de las colmenas](#)
 - [XII Del modo de recoger los enjambres y de impedir su fuga](#)
 - [XIII De las enfermedades de las abejas y sus remedios, precauciones para que no las contraigan](#)
 - [XIV Metodo para gobernar las abejas todo el año y lo que debe evitar el colmenero](#)
 - [XV Del modo de sacarse la miel y como deben castrarse las colmenas](#)
 - [XVI De la cera](#)
-

I

Hace unos días llegó a mis manos, a través del bibliotecario de la Sociedad Argentina de Apicultores, (Sr. Alejandro Rivas) la obra, en dos volúmenes, titulada "**Los Doce Libros de la Agricultura**" cuya edición es del año 1959. En el prólogo de la mencionada obra se destaca la Edición realizada en Venecia obra se destaca la Edición realizada en Venecia en el año 1472, la que se reimprimió mas de cuarenta veces, siendo traducida a los idiomas francés, alemán e Inglés

Su autor es Lucio Junio Teodorato COLUMELA, y dedica uno de esos libros, que consta de 16 capitulos, a las abejas .

Lo interesante de este libro, es que su escritor vivió en Roma entre los Años 1 y 64 de nuestra era y vuelca en ellos su experiencia acerca de los cuidados de las colmenas, enfermedades, enjambres y toda observación y datos que recogió, entonces, acerca de las abejas. **Reitero, esos conceptos se encuentran vertidos hace 2000 años.**

Mi intención es compartirlo con los integrantes de la lista, por su originalidad, amenidad e interesante lectura, donde incluso se manifiestan algunas cuestiones que revisten actualidad.

Aca se encuentran los capítulos de este tratado que considero tan interesante, *en su forma y estilo textual*

Roberto Imberti

II

De las abejas

Paso a tratar del cuidado que se ha de tener con las colmenas, del cual no se pueden dar preceptos con más exactitud que los que ha dado ya Higinio, con estilo más florido que Virgilio, ni con más elegancia que Celiso. Higinio recogió las opiniones de los autores antiguos que estaban esparcidas en monumentos sagrados; Virgilio las adornó con las flores de la poesía, Celso se arregló can los dos referidos. Por lo cual, no nos atreveríamos a tocar la materia de este tratado, a no ser porque el complemento de la enseñanza que hemos tomado a nuestro cargo exige como una de las partes, el hablar de ella, a fin de que el todo de la obra que hemos empezado no pareciese mutilada e imperfecta, como si se le hubiese cortado algún miembro. aquellas cosas que se han contado fabulosamente sobre el origen de las abejas, y que Higinio no ha omitido, más bien las condonaré, haciéndome cargo de la licencia poética, que les daré crédito. En realidad, no corresponde a un hombre del campo investigar si hubo una mujer muy hermosa llamada Melisa a la cual Júpiter convirtió en abeja, o si, como dice el poeta Euhemero, las abejas engendradas por los tábanos y el sol, y criadas por las ninfas Frixonades, han sido después amas de Júpiter en la caverna de Dicta, y han tenido por concesión de este dios la misma comida con que lo criaron cuando éste era niño. Sin embargo, aunque estas cosas no desdigan de un poeta, Virgilio las tocó sumaria y ligeramente, tan sólo en un verso, diciendo de esta manera: "Mantuvieron al rey del cielo en seno de Dicte"

No es obligación de los labradores saber cuándo y en qué país han nacido primero: si en Tesalia bajo Aristeo, o en la isla Cea, como escribe Euhemero; en el monte Himeto, en tiempo de Erictonio, como dice Eutronio; o en Grecia, en el de Saturno, como quiere Nicandro. No les corresponde más saber si los enjambres se multiplican por la unión de los dos sexos, como los demás, animales o si cogen los herederos de su especie en las flores, lo cual afirma Marón, y si depositan el licor de la miel por la boca, o lo echan por otra parte. Todo esto es más propio de los que están dedicados a descubrir los secretos de la Naturaleza, que de las gentes del campo hacer indagaciones sobre estas cosas y sobre otras semejantes a ellas, Este trabajo es más grato a los estudiosos que tienen tiempo de leer, que a los labradores que están con ocupaciones, pues en nada alivian su trabajo ni aumentan sus ganancias.

III

Cuántas especies hay de ellas, y cuál es la mejor de todas

Por consiguiente, volvamos a aquellos preceptos que son más convenientes a los que tratan en colmenas. Aristóteles, fundador de la secta peripatética, en los libros que escribió sobre los animales, hace ver que hay muchas especies de abejas o de enjambres; y de éstos, unos tienen abejas grandes y abultadas, como también negras y peludas; otros las tienen más pequeñas, pero igualmente redondas, de color oscuro y con el pelo erizado; otros, más pequeñas que éstas, y no tan redondas, pero con todo eso gruesos, anchas y de color de miel; algunas muy pequeñas, delgadas, con el vientre puntiagudo, manchas de color de oro y lisas. Virgilio, siguiendo su autoridad, aprueba sobre todas las pequeñas, óblongas, lisas, brillantes, que resplandezcan como el oro, manchadas con pintas iguales y de un carácter pacífico; pues cuanto más grande y más redonda es la abeja, tanto peor es.

La cólera de las abejas de la especie mejor se aplaca fácilmente con la asistencia continua de los que cuidan las colmenas; pues andando más con ellas se amansan más pronto, y si se han cuidado con esmero duran diez años. Ningún enjambre puede pasar de esta edad, aunque todos los años se pongan abejas nuevas en lugar de las que han muerto; porque a los diez años, por lo común, se consume enteramente la población de una colmena. Para que esto no suceda, en todo colmenar se ha de estar propagando siempre la raza de estos insectos, y ha de tenerse cuidado en la primavera, cuando salgan los enjambres nuevos, de recogerlos y de aumentar el número de las colmenas, pues muchas veces son atacadas por enfermedades, las cuales se dirá en su lugar cómo conviene curarlas.

[Volver arriba](#)

IV

De la situación en que se han de colocar las abejas y cuál es la mejor comida para ellas

Así que se han escogido las abejas con arreglo a las cualidades que hemos dicho, se les deben destinar sitios donde se provean de comida, y éstos deben ser muy solitarios, y, como previene nuestro Marón, libres de ganados y en un clima templado y no expuesto a tormentas, donde no tengan entrada los vientos, porque ellos les impiden que lleven sus provisiones a la colmena; ni que las ovejas ni los petulantes machos de cabrío destruyan las flores, ni que la ternera que vague por la llanura sacuda el rocío que cubre las hierbas ni las pisotee cuando van naciendo. Este paraje ha de ser fecundo en plantas pequeñas, sobre todo en tomillo, en orégano, igualmente en mejorana silvestre, o en cunilla de nuestro país, que la gente del campo llama *ajedrea*. Además de estas plantas habrá también otros arbustos más descollados, como el romero, las dos especies de citiso, pues lo hay nativo y silvestre, el laurel de la clase que siempre es verde y la carrasca, llamada en latín *illex minor*, pues el acebo, que es *illex major*, se reprueba por todos. Las hiedras también se aprueban, no por su bondad, sino porque dan muchísima miel.

Los árboles más convenientes son el azufaífo rojo y el blanco, y no menos el taray; también los almendros, los pércicos, los perales. En una palabra, la mayor parte de los árboles frutales, para no detenerme en nombrarlos uno por uno. Entre los árboles silvestres sirven grandemente los que producen bellotas, como también la cornicabra, el lentisco, que no es de semejante, y el cedro oloroso. De todos los árboles, sólo los tilos perjudican a estos insectos; los tejos también se desechan.

Además de éstos hay una infinidad de semillas que en el césped inculto, o en las tierras labradas producen hierbas, que echan flores muy agradables a las abejas, como son en la tierra de riego las matas de amelo los tallos de acanto, los de gamón y la espata del narciso. En las tablas del jardín brillan las blancas azucenas y los alelíos, que no les ceden en hermosura, como también los rosales de Cartago, las violetas amarillas y las moradas, y no menos el jacinto de color azul celeste; también se ponen bulbos de azafrán de Coricos o de Sicilia, para que den color y olor a las mieles. Por último, tanto en las tierras cultivadas como en las de pastos, nacen innumerables hierbas de clase inferior que ayudan a llenar de miel los panales: como la lapsana silvestre común; el rábano rusticano, que no es menos estimado que aquélla, algunas hortalizas como el miagro y la achicoria silvestres, las flores de la adormidera negra, la zanahoria silvestre y la cultivada, que los griegos llaman *saphuquinon*.

Pero de todas las hierbas que he propuesto, y de las que he omitido, para ahorrar tiempo, pues su número es incalculable,

el tomillo es el que da miel de mejor gusto; después de éste siguen la mejorana silvestre, el serpol y el orégano. El romero y la cunilla de nuestro país, que he dicho llamarse ajedrea, aunque la dan muy buena, están en tercer lugar; las flores de taray, las de azufaifo y las demás especies que hemos propuesto, la dan de un gusto mediano. Pero la miel de peor calidad, en cuanto a bosques, es la que se saca del esparto y del madroño, y la de la casería, la que dan las hortalizas y las hierbas que se crían en el estiércol. Una vez que he expuesto la situación de la comida de las abejas, y las especies que hay de ella, ahora voy a hablar de las mismas acogidas y domicilio de los enjambres.

[Volver arriba](#)

V

De la elección de sitio para el colmenar

El domicilio de las abejas ha de colocarse enfrente del medio día de invierno, lejos del tumulto y de la compañía de los hombres y de los animales, en un sitio que no sea caliente ni frío, pues ambas cosas les son dañosas. Este sitio ha de estar en la parte más baja del valle, para que cuando las abejas salgan a buscar la comida, vuelen con más facilidad a los sitios más altos, y después de haber recogido lo que necesiten, bajen sin trabajo con su carga, siguiendo la pendiente. Si la situación de la casería lo diere de sí, no hay duda que conviene poner el colmenar unido al edificio y cerrarlo con tapias pero en parte que esté libre de los olores pestilentes de la letrina, la estiercolera y el baño. Sin embargo, si la posición de la casería ocasionare muy grandes inconvenientes, aun en . este caso conviene que el colmenar esté a la vista, del amo. Si todo fuere contrario, se pondrán las colmenas en un valle vecino al cual el dueño pueda ir muchas veces, pues esta granjería exige una fidelidad muy grande, y como ésta es una virtud rarísima, se guarda mejor y con más seguridad con las visitas del amo. Ya que la administración del colmenar no sólo le es contrario un hombre fraudulento, sino que también el que es perezoso y desaseado, y no menos le perjudica ser tratada con falta de limpieza que manejada con fraude. Pero dondequiera que estén las colmenas, no ha de ser muy elevado el muro que las cerca; pero si se quisiere hacer más alto por miedo a los ladrones, se procurará que tenga entradas para las abejas por unas ventanillas que se abrirán a tres pies por encima del suelo; junto a este cercado se hará una choza en la cual habitarán los colmeneros y se guardarán los utensilios convenientes; sobre todo estará provista de colmenas preparadas para recoger los enjambres nuevos, como también de hierbas medicinales y todas las demás cosas que se aplican a las enfermas. Hará sombra al vestíbulo una palma o un acebuche grande, para que cuando las reinas nuevas conduzcan los primeros enjambres en la primavera, y las jóvenes que salen de los panales se pongan a jugar, las orillas de un arroyo vecino las conviden a guarecerse del calor y el árbol que encuentren a la salida las mantenga en su frondosa acogida. Si hay medios de hacerlo, se les introducirá agua que corra de continuo si no es posible se les echará en una pileta a mano, pues sin ella no se pueden formar los panales, la miel ni, finalmente las, abejas nuevas. Además de esto, ya sea que se les haya introducido agua corriente, ya que se les haya echado en piletas la del pozo, se pondrán en ella muchas varas y piedras para que las abejas puedan reposar sobre esta especie de puentes y extender sus alas al sol del estío, si por casualidad un fuerte aire solano las ha dispersado cuando estaban paradas, o las ha sumergido en el agua.

Asimismo, alrededor del colmenar deben plantarse arbustos pequeños, y sobre todo los que son convenientes para conservar la salubridad de las abejas, pues el cítilo, la casia, el laurel silvestre y el romero, como igualmente la ajedrea y el tomillo, y asimismo las violetas, o cualesquiera otras plantas que la cualidad de la tierra permita que se pongan en ella con utilidad, sirven de remedio a las abejas que están enfermas. No sólo se alejarán las plantas de olor fuerte y fastidioso, sino también cualquier cosa. que lo tenga como el del cangrejo quemado, o el del cieno de las lagunas; igualmente han de evitarse los sonidos que producen las cavidades de las rocas y que los griegos llaman exos.

[Volver arriba](#)

VI

Cuáles son las mejores colmenas

Ordenados los domicilios de las abejas, han de construirse las colmenas según la condición del país. Si éste es abundante en alcornoque, sin duda las haremos con la mayor utilidad de corcho, porque no estarán muy frías en el invierno ni muy calientes en el verano; si es muy fecundo en cañahejas, se emplearán éstas con igual utilidad, puesto que su naturaleza es semejante al corcho; si no hubiere una cosa ni otra, se harán con mimbres entretejidas; y si éstas no se encuentran se fabrican con troncos de árboles excavados, o .serrados y hechos tablas. Las peores de todas son las de barro cocido, ya que se encienden con los calores del estío y se hielan con los fríos del invierno. Las demás especies que hay de colmenas son

dos, unas que se hacen con boñiga y otras se construyen con ladrillos; la primera la condenó Celso con razón, porque está muy expuesta, a quemarse; y aunque aprobó la otra, no disimuló su principal inconveniente, que consiste en no poderse mudar si el caso lo exige. A Pesar de esto, pueden tenerse colmenas de la último especie. Sin embargo, en honor a la verdad, el hecho de que sean inamovibles es contrario a los intereses del dueño, si quiere venderlas o proveer de ellas otras heredades -razones de conveniencia relativas solamente al padre de familia,- sino que también lo es a lo que se debe hacer por causa de las mismas abejas, cuando convenga trasladarlas o. otros parajes por estar afligidas de enfermedad o por la esterilidad o escasez de los lugares en que se hallan, y no puedan moverse por el referido motivo. Esto se ha de evitar absolutamente. Así, aunque yo veneraba la autoridad de este doctísimo varón, no obstante, dejando los respetos aparte, no he dejado de decir mi sentir. Pues lo que mueve principalmente a Celso, que es el temor de que las colmenas estén expuestas al fuego y a los ladrones, se puede evitar revistiéndolas con ladrillos, lo cual las preservará de la rapacidad de los ladrones y las protegerá contra la violencia de las llamas, y cuando se hayan de mover se podrá hacer rompiendo el revestimiento de ladrillos.

[Volver arriba](#)

Cómo han de colocarse las colmenas

Sean como sean las colmenas que se quisieren emplear, deberá hacerse a todo lo largo del colmenar un poyo de piedra de tres pies de alto y otro tanto de grueso, y después que se haya construido de esta suerte, se enlucirá de manera que no puedan subir los lagartos, las culebras, ni otros animales novicios. Después se pondrán encima de él las colmenas, ya sean hechas de ladrillos, como quiere Celso, o ya de otro material, rodeadas, según mi opinión de fábrica por todas partes menos por detrás, lo cual practican casi todos los que las cuidan con atención. Recójense las colmenas puestas en fila con ladrillos o cantos, de modo que cada una quede encerrada entre dos paredes inmediatas una a otra, de manera que los frentes estén libres por delante y por detrás, pues por delante se han de abrir algunas veces, y muchas más por la parte posterior, pues por ella se cuidan de cuando en cuando los enjambres. Si no hubiere ninguna pared entre las colmenas, han de colocarse de manera que estén a alguna distancia unas de otras, no sea que cuando se les da vuelta, la que se toca para cuidarla mueva la otra que está pegada a ella y aplaste a las abejas vecinas, que temen todo movimiento que se comunica a sus delicadas obras de cera. Es suficiente que haya tres filas de colmenas colocadas las unas encima de las otras, pues aun en este caso el colmenero registra con poca comodidad las de la fila superior.

Las piqueras que dan entrada a las abejas han de estar más inclinadas que la parte posterior, para que no entre el agua de la lluvia, y si hubiere entrado por casualidad, que no pare, sino que salga por la piquera. Por lo cual, convendrá que los colmenares se resguarden por encima con cobertizos, o con bardales unidos con barro a la cartaginesa, cubierta que las pone al abrigo, tanto del frío y de la lluvia, como del calor. Sin embargo, éste, aunque sea muy fuerte, no perjudica tanto a las abejas como el invierno; así convendrá que detrás del colmenar haya siempre un edificio que reciba la violencia del aquilón y dé a las colmenas un calor moderado. Pero no basta que estén defendidas por un edificio, sino que deben estar expuestas al oriente del invierno, para que les dé el sol cuando salgan por la mañana y así estén más ágiles, pues el frío las hace perezosas. Por lo cual, también las piqueras por donde entran y salen deben ser muy estrechas, para que penetre la menor cantidad de frío posible en la colmena. Es suficiente que tenga la anchura precisa para que pueda pasar una abeja. De esta suerte ni la venenosa salamanesca, ni la casta inmunda del escarabajo, o de la mariposa o de las polillas, ni las cochinillas que huyen de la luz, como dice Marón, podrán entrar a devastar las panales como lo harían por piqueras más anchas.

Así mismo, según lo poblado de la colmena, es utilísimo abrir en la misma tapadera del agujero grande que ésta tendrá, dos o tres piqueras a alguna distancia unas de otras, para precaver las abejas de la malicia del lagarto, que como si fuera guarda de la piquera, está acechando con la boca abierta a que salgan para matarlas, y tantas menos mueren si pueden evitar las asechanzas de este enemigo escapando por otra piquera.

VIII

De la adquisición de los enjambres, y del modo de escoger los silvestres

Hemos hablado ya suficientemente de la comida de las abejas, de las colmenas y de la colocación que se les debe dar; así que se habrá proveído de estas cosas, debemos procurarnos los enjambres. Estos los adquiriremos comprándolos o gratuitamente. En el primer caso, comprobaremos con más atención su bondad por las señales que hemos dado, y antes de comprarlos examinaremos si son numerosos abriendo las colmenas al intento; y si nos es posible verlas por dentro observaremos todo lo que se pueda examinar; por ejemplo, veremos si hay muchas paradas en la piquera, o si se oye dentro de la colmena un zumbido considerable. Si da la casualidad de que todas estén tranquilas y en silencio dentro de la colmena, aplicando los labios a la piquera y soplando por ella, por el ruido con que corresponderán inmediatamente podremos hacer juicio de si hay muchas o pocas. Pero, sobre todo, ha de tenerse cuidado de adquirirlos más bien de la vecindad que de países lejanos, porque suelen molestarlas la novedad del clima. Mas si no es posible adquirirlos cerca, y tuviéramos que hacer un largo viaje para traerlas, procuraremos que no se molesten por los caminos malos, y será acertado llevar las colmenas a cuevas, a de noche, porque de día se les ha de dar descanso y se les han de echar licores agradables a las abejas, para que se mantengan con ellos dentro de su encierro. Una vez hallan llegado a la casa, si fuere ya de día, no se abrirá la colmena ni se colocará en su lugar hasta el anochecer, para que las abejas salgan gustosas por la mañana después de haber descansado toda la noche. Durante tres días deberemos observar si salen todas de una vez; si lo hacen es señal de que tratan de huirse. Después prescribiremos los remedios con que se debe evitar esto.

Los enjambres que se adquieren por regalo, o cazándolos, han de examinarse con menos escrupulo; aunque de esta manera no quisiera yo tenerlos si no son excelentes, porque los mismos gastos y los mismos cuidados exigen las buenas que las malas. Lo más importante de todo es que no se mezclen las degeneradas con las superiores, pues hay menos cosecha de miel cuando hay algunos enjambres perezosos en el colmenar. Sin embargo, como según la naturaleza del país algunas veces ha da adquirirse ganando aunque sea mediano, pues el mal de ningún modo debe adquirirse, procuraremos buscar los enjambres del modo siguiente. En nada ponen más conato las abejas, dondequiera que hay bosques que les acomodan y de donde puedan sacar miel, que en escoger para su uso manantiales inmediatos al lugar en que están. Así conviene ponerles sitio comúnmente desde la hora segunda del día, y observar qué porción de ellas van por agua. Si son muy pocas las que vuelan alrededor del agua se ha de conocer su escasez, a menos que la multitud de manantiales las haga parecer más claras, por estar repartidas en ellos. por lo cual sospecharemos también que aquel paraje no tiene miel; pero si vienen muchas, hay esperanzas de poder coger enjambres, los cuales se encuentran de esta manera.

Primeramente, ha de averiguarse lo distante que están, y a este fin ha de prepararse un vasito con almagra diluida en agua. Se mojarán unas pajas con ellas se untarán las espaldas de las abejas que están tomando agua. Manteniéndose en el mismo sitio, podrás reconocer con más facilidad las que vuelvan, y si no tardan en hacer esto conocerás que están en la inmediación; pero si pasa algún tiempo en que vuelvan a verse, se inferirá la distancia del sitio donde están del tiempo que tardan en dar la vuelta. Cuando adviertas que vuelven pronto, si sigues su vuelo serás guiado a la habitación del enjambre. Pero con aquellas que parece que van más lejos se empleará un cuidado más esmerado, el cual es de esta suerte. Se corta un canuto de caña con sus nudos, se barrena por un lado, por el agujero se le echa un poco de miel o de arrope y se pone junto al manantial; después, así que han entrado en él muchas abejas, atraídas por el olor de este licor dulce, se recoge, y poniendo el dedo pulgar en el agujero no se deja salir más que una, la cual, así que ha escapado, hace ver al observador la dirección de su fuga, y éste, mientras puede, sigue su vuelo. Después, así que ha dejado de ver la abeja, echa otra fuera, y si va por el mismo lado que la primera, sigue el mismo camino; pero si va en otra dirección, deja salir muchas y poniendo atención al lado hacia el cual irán volando más, las seguirá hasta llegar al sitio donde está metido el enjambre; el cual, si está en una cueva, se le hace salir por medio del humo, y así que ha salido se le detiene haciendo ruido con instrumentos de metal. Amedrentado con el ruido, se deja caer inmediatamente sobre un arbusto, sobre la cima del árbol más elevado que hay en el bosque, entonces se introduce en una colmena que tendrá preparada al efecto el que lo va buscando. Pero si tiene su domicilio en el hueco de un árbol, ya sea en una rama, ya en el tronco del mismo árbol, entonces, si la medianía de uno u otro lo permite, se corta primero la parte superior, que no ocuparan las abejas, con una sierra muy afilada para que esto se haga más pronto; después la inferior hasta donde parezca que está ocupada por ellas. Luego que se haya cortado el tronco o la rama por ambas partes, se cubre con un paño limpio, porque esto es de la mayor importancia también; y después de haberle embarrado los agujeros, si tiene algunos, se llevará al sitio donde ha de colocarse, dejándole piqueras pequeñas, como ya he dicho, se pone con las demás colmenas.

Conviene que el que se dedica a buscar enjambres destine a ello las mañanas, a fin de tener todo un día para examinar el camino que toman las abejas; pues si es tarde cuando empieza a señalarlas, muchas veces sucede que, acabada su tarea, se recogen y no vuelven más al agua, aun cuando estén en la inmediación. Por consiguiente, el que busca los enjambres se queda sin saber cuánto distan del manantial.

Hay algunas personas que a principios de primavera hacen un manojo de toronjil cidrado, y como dice el poeta de toronjil común, y de la ordinaria sandaraca, con otras hierbas semejantes que son agradables a esta especie de insectos, y con ellas frotan las colmenas, de suerte que queden impregnadas de su olor y de su jugo: después de haberlas limpiado, las rocían

con un poco de miel y las colocan en los bosques, no lejos de los manantiales, y cuando están llenas de abejas las llevan a su casa. Pero esto sólo conviene hacerlo en los parajes en que hay abundancia de abejas, pues muchas veces hay sitios en que los que pasan por casualidad encuentran las colmenas vacías y se las llevan consigo, en cuyo caso la ventaja de conseguir una o dos de llenas no recompensa la pérdida de muchas vacías. Pero en donde hay más abundancia de abejas, aunque roben muchas colmenas, es más lo que se adquiere con las abejas que se han encontrado. Éste es el modo de coger los enjambres silvestres.

[Volver arriba](#)

IX

Cómo se conservan los enjambres de nuestras colmenas, y cómo se recogen otras

El modo de retener los enjambres que se forman en nuestras colmenas es el que sigue. El colmenero debe visitarlas siempre con cuidado, pues no hay tiempo alguno en que no necesiten su atención; pero la exigen más esmerada cuando viene la primavera y hormigúean sus crías nuevas las cuales huyen si él colmenero no está presto a recogerlas al instante. Porque la naturaleza de las abejas es tal, que cada enjambre se engendra al mismo tiempo que sus reinas las cuales, así que han adquirido fuerzas para volar, desdeñan la compañía de los más antiguos y mucho más su mundo, porque el reinar no quiere compañía, no sólo entre la especie de mortales dotada de razón, sino también entre los animales que carecen de ella. Por esto los jefes nuevos salen al frente de su juventud, que parada en pelotón uno o dos días en la misma piquera de la colmena, manifiesta con su salida el deseo que tiene de un domicilio peculiar, y si el colmenero le designa uno inmediatamente, está tan contenta con el que se le da como con el paterno; pero si aquél ha caído por descuido en falta, se dirige a parajes extraños, como si se le hubiere echado del suyo. Para que esto no suceda, el buen colmenero debe observar en los tiempos de primavera las colmenas hasta la hora octava del día, poco más o menos, ya que por lo común después de esta hora no se van los nuevos batallones. También debe atender con el mayor cuidado cuando salen y cuando vuelven a entrar, pues algunos, al instante que salen, suelen marcharse para siempre. Podrá conocer de antemano si preparan una fuga, cerca de tres días antes de intentar esta fuga se levanta un alboroto y ruido sordo, como el que arman los soldados cuando mueven las insignias militares; e1 cual, como dice Virgilio con muchísimo fundamento, da a conocer de antemano la intención de la multitud, porque aquel ronco ruido bélico reprende a las perezosas, y .se oye una voz que imita los sonidos interrumpidas de las trompetas. Por lo cual debe observar sobre todo a las que hacen esto, si salen a combatir -porque pelean entre sí, como en una guerra civil, o con las de otra colmena, como cuando se lucha con naciones extranjeras-, o si salen para huir, a fin de estar prevenido para uno y otro caso. La pelea de un enjambre en el cual las abejas están mal avenidas entre sí, o de dos enjambres que están discordes, se corta con facilidad; pues, como dice el mismo poeta se apacigua echando sobre ellos un poco de polvo o rociándolos con vino mezclado con miel, o con vino de pasas, u otro cualquier licor semejante; la dulzura de los cuales que les es familiar, seguramente mitiga sus iras, por más encarnizadas que sean. Esto mismo reconcilia a las reinas que están opuestas entre sí.

Muy a menudo sucede que en un mismo enjambre hay muchas reinas, y la multitud se divide en partidos, como ocurre en las sediciones excitadas por los grandes, lo cual ha de evitarse que suceda, porque las naciones enteras se consumen con la guerra intestina. Por esto, cuando los jefes están amigos, se mantiene la paz y no hay derramamiento de sangre. Por consiguiente, si vieres que las abejas pelean muchas veces, procurarás matar a los jefes que mueven las sediciones; mas los combates que están trabados se mediarán por los medios que hemos dicho antes. Cuando una vez fuera la, tropa se hubiere puesto en una rama de un arbusto verde que esté cerca, observa si todo el enjambre está colgando de ella a manera de un racimo de uvas; esto será señal de que hay una reina sola, o por lo menos de que, si hay muchas, están reconciliadas entre sí; entonces las dejarás de esta manera hasta que vuelvan a su domicilio. Pero si estuviere dividido en dos o en tres, como en forma de pechos, no te quepa duda de que no sólo hay muchos jefes, sino que están todavía irritados entre sí, y deberás buscarlos en aquellas partes en donde vieres que hay más abejas amontonadas. Por consiguiente, después de haberte frotado la mano con el zumo de dichas hierbas, esto es, de toronjil común o cidrado, para que las abejas no huyan cuando las toques, introducirás suavemente los dedos y registrarás las abejas después de desunirlas, hasta que encuentres el autor de la discordia, al cual debes matar.

X

Qué figura tiene la reina de las abejas

Las reinas son un poco más gruesas y más largas que las demás abejas, con las patas más derechas, pero con las alas menos grandes, de un color hermoso y limpio, lisas y sin pelo ni aguijón, a menos que alguien tal vez tenga por tal una especie de cabello más grueso que tienen en el vientre, del cual, sin embargo, no se sirven para hacer daño. También se encuentran algunas oscuras y erizadas de pelo, y por esta apariencia juzgarás mal de sus propiedades. Porque hay dos figuras entre las reinas, como entre las abejas comunes; las unas brillan con manchas de color de oro, y se distinguen por sus escamas rojas, como también son notables por su pico. Estas son las que más se aprueban, y son las mejores; pues las más malas, parecidas a un gargajo, son tan feas como cuando un viajero acaba de pasar por un camino lleno de polvo y escupe tierra de su boca seca, y -como dice Virgilio, del cual se ha copiado lo que precede- son despreciables por su desidia y por el vientre abultado que arrastran por el suelo. Por consiguiente, darás muerte a los jefes de peor especie, y dejarás reinar solos en su corte los de la mejor. Los cuales, sin embargo, se han de despojar de sus alas siempre que se empeñen en hacer a menudo salidas impetuosas con su enjambre para huir. Quitando las alas a este jefe vagabundo, lo retendremos como con cierta especie de grillete, y desprovisto del recurso de la fuga no se atreve a salir de los límites de su reino, y por lo tanto no permite al pueblo de su mando alejarse mucho.

[Volver arriba](#)

XI

Cómo se enmienda la despoblación de las colmenas

Alguna vez también conviene matarlo cuando una colmena vieja disminuye el número de sus abejas y se ha de restablecer su despoblación con algún enjambre. Así, luego que al principio de la primavera se hubiera avivado la cría nueva en aquella colmena, se despachurra al rey nuevo a fin de que la multitud viva con sus padres sin discordia. Si los panales no hubieren producido prole alguna, se podrán incorporar las abejas de dos o tres colmenas en una; mas se han de haber rociado antes con algún licor dulce. Por último, se podrán encerrar y tenerlas así casi tres días, poniéndoles comida hasta que se acostumbran a estar unidas con las otras, y dejándoles unas aberturas pequeñas. Hay algunas personas que prefieren quitar de en medio a la reina más vieja, lo cual es contrario al bienestar de la colmena; pues si esto se verifica, la tropa más antigua, que se debe considerar como un senado, es preciso que obedezca a las más jóvenes, y si hay algunas que se empeñen en despreciar el mando de éstas, que son más fuertes, las castigan y les dan muerte. Sin embargo, cuando la reina que hemos dejado de las abejas antiguas muere de vejez, el enjambre nuevo suele tener la incomodidad de que la familia, con la demasiada licencia, está discorde, lo cual nace de la muerte del jefe. Esta incomodidad se evita fácilmente; pues se elige una reina de aquellas colmenas que tienen mucas y trasladándola las que no tienen quien las gobierne, se constituye jefe de ella.

En aquellas colmenas que son perseguidas por algún animal dañino, la escasez de abejas se puede enmendar con menos molestias. Luego que se ha conocido la mortandad, conviene visitar los panales de una que esté poblada, y de los que contienen los huevecillos de las abejas cortar la parte en que se anima la prole real. Esta es fácil de reconocerse, porque aparece comúnmente en la extremidad de los panales como un pezón, más levantado y con abertura más ancha que las otras celdillas donde se anidan los gusanos de las abejas comunes. Celso asegura que en la extremidad de los panales hay tubos transversales que contienen las larvas que han de ser reinas. Higinio también, siguiendo la autoridad de los griegos, dice que el jefe no proviene de un gusanillo, como las demás abejas, sino que alrededor de los panales se encuentran alvéolos o celdillas poco mayores que los que contienen la semilla de éstas, cubiertos y llenos de una especie de basura de color rojo, de la cual se forma en un instante la reina alada.

[Volver arriba](#)

XII

Del modo de recoger los enjambres y de impedir su fuga

Hay también otro cuidado que tener con el enjambre que se ha formado en nuestro colmenar, si por casualidad ha hecho una salida en el tiempo que hemos dicho, y fastidiado de la vivienda paterna, procura huir más lejos. Esto lo dan a entender las abejas cuando se alejan de la entrada de tal suerte que ninguna vuelve adentro, antes bien, se van volando, elevándose muchísimo. En este caso ha de atemorizarse a la juventud que va huyendo con sonajas de metal o haciendo ruido con tiestos de los que se encuentran comúnmente en todas partes esparcidos por el suelo; y luego que ésta, asustadas por el ruido, habrá vuelto al domicilio materno y esté colgando amontonadas en la piquera o en algún árbol próximo, el colmenero restregará inmediatamente con las hierbas referidas por dentro unas colmena nueva que tendrá preparada al intento; en seguida . la rociará con unas gotas de miel y la arrimará, y después encerrará en ella las abejas que están amontonadas, bien sea con la mano o bien con un cazo. Cuando habrá tomado las demás medidas convenientes para el cuidado de la colmena, como es de su obligación, y la haya compuesto y embetunado con exactitud, dejará que se mantenga en el mismo sitio hasta que anochezca, y al principio de la noche la trasladará y la pondrá en hilera con las demás. Conviene también tener. en los colmenares colmenas desocupadas, pues hay algunos enjambres que en . cuanto han salido buscan un domicilio en la inmediación de su colmena y ocupan la primera que encuentran vacía. Esto es poco más o menos lo que hay que enseñar en orden al cuidado de adquirir y conservar las abejas.

[Volver arriba](#)

XIII

De las enfermedades de las abejas y de sus remedios, y precauciones para que no las contraigan

Ahora se siguen los remedios para las que padecen enfermedades comunes o pestilenciales. El estrago de estas últimas es raro en las abejas; pero en caso de que las hubiere, no encuentro que se pueda hacer otra cosa que lo que hemos prescrito para el ganado, es decir, que se trasladen las colmenas más lejos. Por lo tocante a las enfermedades comunes, si se descubren las causas, se encuentran los remedios con más facilidad.

Su mayor, enfermedad se produce todos los años al principio de la primavera, cuando empiezan a florecer las lechetreznas y los olmos echan su grana. Porque atraídas por estas primeras flores como si fueran frutas tempranas, comen de ellas con ansia después de haber pasado hambre en invierno; por otra parte, no les haría mal si no se llenaran de ella, de la cual, en habiéndose atascado en demasía, mueren de flujo de vientre si no se las socorre prontamente. Pues la lechetreznalarga el vientre aun de los animales mayores, y la grana del olmo hace el mismo efecto, particularmente en las abejas. Ésta es la causa de que en los países de Italia que hay esta especie de árboles. es raro que duren las colmenas con bastantes abejas.

Por consiguiente, si al principio de la primavera se les dan comidas medicinales, a un mismo tiempo se podrá precaver que les moleste semejante enfermedad, y cuando ya la padecen, curadas. Porque lo que ha dicho Higinio, siguiendo a los autores antiguos, como yo no lo he experimentado por mi mismo, no me atrevo a asegurarlo; sin embargo, los que quieren podrán ensayarlo. Higinio aconseja que los cadáveres de las abejas que se encuentran a montones debajo de los panales cuando les ha acometido semejante enfermedad pestilencial, se guarden en un lugar cerca durante el invierno; y que cerca del equinoccio de la primavera se saquen al sol después de la hora tercera del día, cuando el templado del tiempo convida a ello, y se cubran con ceniza de higuera. Hecho lo cual, asegura que reanimadas al cabo de dos horas con este calor vivificante, las abejas muertas recobran su espíritu y entran en una colmena que se les habrá preparado a este efecto. ,

Nosotros creemos que es mejor dar a los enjambres enfermos, para que no mueran, los remedios que vamos a decir en seguida. Se les deben dar granos de granada molidos y regados con vino amineo, o pasas molidas con una parte igual de zumaque, y humedecido uno y otro con vino áspero; y si cada una de estas medicinas de por sí no han hecho efecto, se muelen todas juntas en pesos iguales, se hierven en un puchero con vino amineo y después de haberse enfriado se les pone en comederos de madera. Algunas personas les dan a beber aguamiel en que se haya cocido romero, echándola después de haberse enfriado en unas tejas. Otros, como asegura Higinio, les ponen junto a las colmenas orina de buey o de hombre.

También es muy conocida una enfermedad que las debilita y las pone feas y encogidas, y la señal de tenerla es cuando unas sacan frecuentemente de sus domicilios los cadáveres de las que han muerto, y otras están dentro de ellos sin movimiento en un triste silencio, como cuando hay un luto público. Cuando esto sucede se les pone comida en comederos de caña, y ésta consiste principalmente en miel cocida y molida con agalla o rosa seca. También conviene quemar gálbano, para que con su olor se medicinen, y fortificar a las que están descaecidas con vino de pasas o con arrope añejo. Sin embargo, lo que más les aprovecha es la raíz de amelo, cuya flor es amarilla y purpúrea: ésta, después de haberla hervido con vino amineo añejo, se exprime, y en seguida se da este jugo colado.

Higinio, en el libro que escribió sobre las abejas, dice: "Aristómaco es de opinión de que las abejas enfermas han de socorrerse de esta manera: en primer lugar se quitarán todos los panales viciados, se les pondrá comida nueva en seguida a las abejas, y por último se fumigarán." También cree que es útil a las abejas degeneradas agregarles un enjambre nuevo, aunque hay el peligro de que se destruya con la discordia; ya que se han de alegrar con la multitud que se les agrega, y que a fin de mantener la unión entre unas y otras se quiten las reinas del enjambre que se traslada de otra colmena ya que podría decirse que pertenecen a un pueblo extranjero. Con todo eso no hay duda de que los panales y los enjambres muy poblados, que tienen formadas las abejas, han de trasladarse y agregarse a los que han quedado con menos para que éstas se fortifiquen con la adopción por decirlo así, de esta nueva prole. Cuando esto se haga, ha de tenerse en cuenta no poner más panales que aquellos en que las abejas nuevas abren sus celdillas, y roen la cera que cubre las bocas de éstas, sacando por ellas la cabeza. Pues si se trasladan los panales con las abejas sin acabar de formar, éstas morirán así que se les deje de dar calor.

Muchas veces también se mueren las abejas de la enfermedad que los griegos llaman phagdasman o phagedena. Esta enfermedad proviene de que teniendo las abejas la costumbre de hacer desde el principio tantos alvéolos como creen poder llenar, sucede algunas veces que después de concluidas estas obras de cera, el enjambre que se ha alejado mucho por ir a buscar miel se halle sorprendido en los bosques por lluvias o huracanes imprevistos y pierda la mayor parte de su pueblo. Cuando esto ocurre, las pocas abejas que restan no son suficientes para; llenar los panales, y entonces las partes que quedan vacías se pudren, y cundiendo la corrupción paulatinamente, la miel también se pudre y las mismas abejas se mueren. Para que esto no suceda se deben juntar dos enjambres que puedan llenar los panales que estén todavía sanos, y si no hay proporción de otro enjambre, se han de cortar con una herramienta muy afilada las partes de los panales que estén vacías, antes de que se pudran. Es importante la perfección de esta herramienta, no sea que si está muy embotada, la dificultad de penetrar haga que se dé un golpe muy fuerte y que éste disloque los panales; lo cual, si sucede, hace que las abejas abandonen su domicilio.

Hay otra causa de mortandad para las abejas, y es el haber en algunas años seguidos muchísimas flores, y dedicarse más bien a hacer miel que a multiplicarse. Así, algunas personas que tienen poco conocimiento en estas cosas, se alegran con la mucha abundancia de fruto, ignorando la destrucción que amenaza a las abejas, porque no sólo mueren muchas fatigadas por el excesivo trabajo, sino que no reponiéndose por otras nuevas, las que quedan, por último vienen a perecer. Por lo cual, si entra una primavera en que los prados y campos labrados tengan flores en mucha abundancia, es utilísimo cerrar las piqueras de las colmenas de cada tres días uno, dejando unos agujeros pequeños por donde no puedan salir las abejas, a fin de que separadas de la fabricación de miel, por tener perdida la esperanza de poder proveer todos los alvéolos de este licor, los llenen de prole. Éstos son poco más o menos los remedios de que nos valemos para los enjambres que padecen alguna enfermedad.

[Volver arriba](#)

XIV

Método para gobernar las abejas en todo el año, y lo que ha de evitar el colmenero

Vamos a tratar en seguida de aquel cuidado que para todo el año prescribe con tanto acierto Higinio. Desde el primer equinoccio, que se verifica en el mes de marzo, hacia el octavo día antes de las calendas de abril, cuando el sol se halla en el octavo grado de Aries hasta que se dejan ver las Pléyades, hay cuarenta y ocho días de primavera. Durante este tiempo, dice, hay que comenzar a cuidarse de las abejas, abriendo las colmenas a fin de sacar todas las inmundicias que se han juntado en el invierno, y después de haber quitado las arañas que destruyen los panales, se introduce humo de boñiga de buey; pues éste, por cierta afinidad que hay entre las dos especies, es muy conveniente para las abejas. También han de matarse los gusanillos que llaman polillas, y asimismo sus mariposas: animales dañinos que comúnmente se pegan a los panales, los cuales se caen si mezclan con la boñiga de buey tuétano del mismo animal, y quemando uno y otro introduces el humo en la colmena. Con este cuidado se fortifican los enjambres en el tiempo que hemos dicho, y así se dedicarán con más vigor a sus trabajos.

Lo que principalmente debe observar el colmenero cuando deberá, andar en las colmenas, es haberse abstenido el día anterior de los placeres sensuales, no acercarse a ellas borracho ni sin haberse lavado, privarse de todos los comestibles que echan olor fuerte, como los pescados y demás cosas saladas, así como todos los jugos que destilan de las hediondas acrimonias del ajo o de las cebollas, y de las demás cosas semejantes.

El día cuarenta y ocho después del equinoccio de primavera, cuando se empiezan a dejar ver las Pléyades, hacia el día quinto, antes de los idus de mayo, los enjambres comienzan a aumentar sus fuerzas y el número de las abejas. En los mismos días se destruyen los que tienen pocas y enfermas; y en este tiempo se procrean en las extremidades de los panales, larvas de mayor tamaño que las demás abejas, y algunas personas hacen juicio de que éstas son reinas; pero no faltan autores griegos que los llaman oestros, porque atormentan a las abejas y nos las dejan sosegar, por lo cual, previenen que se maten. Desde el nacimiento de las Pléyades hasta el solsticio, que es a últimos de junio, hacia el tiempo en que el sol está en el octavo grado de Cáncer, enjambran por lo común las colmenas; durante este tiempo se deben guardar con más cuidado, no sea que huyan las crías nuevas. Entonces, desde que se ha verificado el solsticio hasta el

nacimiento de la canícula, que son casi treinta días, se hace la cosecha de los panales juntamente con la de las granos. Cómo deben recogerse aquellos, lo enseñaremos en seguida, cuando tratemos del modo de sacar la miel.

En cuanto a lo demás, Demócrito, Magón, y no menos Virgilio, han hecho correr la especie de que en este tiempo se pueden procrear abejas matando un novillo. Magón asegura que se puede hacer lo mismo con panzas de bueyes. Este método pienso que es superfluo explicarlo con más detenimiento, y hago mío el parecer de Celso, el cual dice muy prudentemente que la adquisición de estos insectos no deben causar un perjuicio tal.

En este tiempo y hasta el equinoccio de otoño han de abrirse y fumigarse las colmenas; lo cual, aunque es molesto a los enjambres, convienen todos en que les es muy saludable. Luego que las abejas habrán sido perfumadas, y se les habrá dado calor, convendrá refrescarlas regando las partes de las colmenas que estén vacías con agua fría recién cogida, y aquellas que no se hayan podido regar será bueno limpiarlas con plumas de águila o de cualquiera otra ave grande, que tengan resistencia. Además de esto se barrerán las polillas, si se dejaren ver, y se matarán sus mariposas, que metidas dentro de las colmenas son la destrucción de las abejas, porque roen los panales, y porque su estiércol engendra los gusanos que llamamos polillas de las colmenas. Para examinarlas se hará en el tiempo en que las malvas echen flor, que es cuando hay mayor número de ellas. Por la tarde, se pone dentro de las colmenas una vasija de cobre semejante a un millario, y en su fondo se pone alguna luz; las mariposas acuden de todas partes, y revoloteando alrededor de la llama se abrasan, por que causa de lo estrecho de la vasija no pueden salir volando con facilidad hacia arriba, ni retirarse del fuego, pues se lo impiden sus paredes de cobre; por lo cual se queman con el ardor del fuego que tienen inmediato.

Casi cincuenta días después del nacimiento de la canícula llega el de Arturo; entonces es cuando las abejas hacen les mieles de las flores del tomillo, del orégano y de la mejorana silvestre. La miel que se considera de mejor calidad es la que hacen en el equinoccio de otoño, que cae antes de las calendas de octubre, cuando el sol toca al octavo grado de Libra. La segunda castra es después del nacimiento de Arturo, que es cerca del equinoccio de Libra. En el tiempo que media entre el nacimiento de la canícula y el de Arturo ha de tenerse cuidado de que las abejas no sean sorprendidas por la violencia de los tábanos, que por lo común están delante de la colmena acechando a las que salen. Desde el equinoccio, que es hacia el día octavo antes de las calendas de octubre, hasta el ocaso de las Pléyades, las abejas emplean cuarenta días en hacer su repuesto de mieles que han recogido de las flores de taray y de la de los arbustos silvestres para mantenerse en el invierno; de estas mieles no se les ha de quitar nada absolutamente, no sea que fatigadas con las frecuentes injurias que reciben huyan desesperadas. Desde el ocaso de las Pléyades hasta el solsticio de invierno, que es el día octavo antes de las calendas de enero, cuando el sol se halla en el grado octavo de Capricornio, los enjambres se sirven de la miel que tienen de repuesto y se mantienen de ella hasta el nacimiento de Arturo.

No ignoro el modo de contar de Hiparco, que pretende que los solsticios y los equinoccios se verifican, no cuando el sol está en el octavo grado de los signos, sino cuando está en el primero. En este arreglo de los trabajos del campo, yo sigo ahora los calendarios de Eudoxio, de Metón y de los astrónomos antiguos que están adaptados a dos sacrificios públicos; porque esta opinión, abrazada desde tiempos antiguos, es más conocida de los labradores, y asimismo porque esta sutileza de Hiparco no es necesaria a la deficiente instrucción de la gente del campo. Por lo cual, en cuanto comience el ocaso de las Pléyades convendrá abrir inmediatamente las colmenas, limpiarlas de toda inmundicia y cuidarlas con el mayor esmero, porque en el tiempo de invierno no es conveniente moverlas ni abrirlas. Por lo tanto, mientras todavía queda algún tiempo de otoño, después de haberlas limpiado en un día muy templado, han de meterse las coberturas dentro de ellas hasta que lleguen a los panales, dejando fuera lo vacío, para que así estando estrechas se calienten con más facilidad. Esto ha de hacerse siempre aun en aquellas colmenas que están pobladas por un número pequeño de abejas. En seguida untaremos por fuera con boñiga y barro amasados todas las rendijas y agujeros que hubiere, sin dejar más aberturas que las piqueras, por donde entren y salgan; y aunque las colmenas estén debajo de un colgadizo, con todo eso las cubriremos con paja y hojas que se amontonarán por encima de ellas, y en cuanto sea posible las resguardaremos con esto del frío y de las tempestades.

Algunas personas meten dentro de las colmenas aves muertas, después de haberles sacado las tripas y las entrañas, las cuales, en tiempo de invierno, dan calor a las abejas, que se ocultan entre sus plumas; al mismo tiempo que si han consumido las provisiones se alimentan cómodamente cuando tienen hambre de suerte que no les dejan más que los huesos. Pero si hay bastantes panales, permanecen sin tocarlas, y aunque las abejas son tan amantes de la limpieza, estas aves muertas no las ofenden con su olor. Sin embargo, nosotros opinamos que es mejor dar a las que tienen hambre en unos comederitos, que se pondrán junto a las mismas piqueras, higos secos machacados y remojados en agua, o bien arroje o vino de pasas. En estos licores será conveniente empapar lana que esté limpia, para que las abejas, poniéndose sobre ella, chupen estos jugos. También será bueno darles pasas picadas y un poco rociadas con agua. Con esta clase de comida han de mantenerse no solamente en el invierno, sino también en aquellos tiempos -como ya he dicho- en que estarán en flor la lechetrezna y los olmos. En casi cuarenta días, contados desde el solsticio de invierno, consumen toda la miel que tienen de repuesto, a no ser que el colmenero se la haya dejado en mucha abundancia. Muchas veces, después de haber desocupado los panales, se echan junto a ellos, y están sin comer y adormecidas, a la manera de las serpientes, hasta el nacimiento de Arturo, que es desde los idus de febrero, conservando la vida con su reposo. Sin embargo, para que no la pierdan si sobreviniere un hambre más larga, es muy bueno introducirles por la piquera licores dulces, hasta que el nacimiento de Arturo y la llegada de las golondrinas anuncien tiempos más favorables. Cuando éstos llegan, si lo despejado del día lo permite, se atreven a salir a los pastos. En efecto, desde que ha llegado el equinoccio de primavera ya andan sin detención por todas partes, cogen flores a propósito para las crías y las llevan a las colmenas. Esto es lo que prescribe Higino para que se observe con exactitud en los diferentes tiempos del año.

Pero Celso añade que, como en pocas partes hay la posibilidad de que se puedan dar a las abejas unos pastos en primavera y otros en estío, en los parajes donde pasada la primera estación faltan flores a propósito para las abejas, no deben dejarse las colmenas, sino que así que se hayan consumido estas flores, han de trasladarse a aquellos que puedan mantener las

abejas mejor con las flores tardías de tomillo, de orégano y de mejorana silvestre. Esto es lo que hacen no sólo en Acaya, de donde las trasladan a los pastos de la ática, en la Eubea, y en las islas Cicladas, en donde las mudan a la de Siros, sino también en Sicilia, donde llevan al monte Hibla las de las demás partes de la isla. Este mismo autor dice que la cera se hace de las flores, y la miel del rocío de la mañana, y que una y otra toman tanto mejor calidad cuanto más agradable es el material de que se ha hecho la cera. Pero previene que antes de la mudanza se reconozcan con atención las colmenas y que se saquen los panales viejos, los que tengan polillas y los que estén poco asegurados, y que no se reserven sino pocos, y que éstos sean los mejores, para que al mismo tiempo se hagan muchísimos de la flor mejor. Y sobre todo que las colmenas que cualquier persona quiera trasladar a otra parte, no las lleve sino de noche y sin agitarlas.

[Volver arriba](#)

XV

Del modo de sacar la miel y cuándo deben castrarse las colmenas

Después de pasada la primavera viene en seguida, como he dicho, la recolección de la miel, a la cual se dirige el trabajo de todo el año. Se conoce que es tiempo de hacerla cuando se advierte que las abejas echan de la colmena y ahuyentan a los zánganos. Los cuales son una especie de insectos de mayor tamaño que las abejas, y muy semejantes a ellas; y como dice Virgilio, es un ganado perezoso que está junto a los panales sin industria, pues no sólo no proveen da alimento, sino que consumen el que han traído las abejas. Sin embargo, parece que estos zánganos contribuyen en algo a la procreación, incubando los huevos de que se forman las abejas. Por lo cual los admiten, con más familiaridad para que fomenten y críen la nueva prole. Pero después de sacadas las larvas, los echan fuera de las colmenas, y, como dice el mismo poeta, los alejan de los pesebres. Algunos autores previenen que es conveniente exterminarlos del todo; lo cual, conformándome yo con Magón, opino que no debe hacerse, sino que ha de moderarse este rigor, pues no ha de hacerse una matanza universal de ellos, no sea que las abejas se vuelvan perezosas, ya que cuando los zánganos les comen alguna parte de sus provisiones, se hacen más ágiles reparando sus daños. Por el contrario, no ha de permitirse que tome cuerpo esta multitud de ladrones, para que no devasten todas estas riquezas que no son suyas.

Por consiguiente, cuando vieres que se arman muy a menudo peleas entre los zánganos y las abejas, abrirás las colmenas y las registrarás, para que si los panales están medio llenos se difiera la castra, y si están llenos y cubiertos de cera por encima de los alvéolos, se haga. Para llevar a cabo esta operación ha de elegirse comúnmente la mañana; pues conviene irritar en medio del calor a las abejas que ya están exasperadas. Para este efecto son menester dos herramientas de pie y medio de largo, o un poco más, una de las cuales será un cuchillo largo de dos filos que tenga en la punta un tranchete corvo para poder cortar mejor los panales; la otra es plana por un lado y muy afilada, y con ella se saca toda la porquería que hubiere caído. Cuando la colmena estuviere abierta por la parte posterior en que no hay ningún vestíbulo se introducirá humo de gálbano o de boñiga seca. Esto se echa hecho ascuas en una vasija de barro. Esta vasija debe tener asas y figura de olla estrecha, de suerte que por una parte sea más delgada y tenga un agujero mediano por donde salga el humo, y por la otra sea más ancha con una boca bien abierta, por la cual se puede soplar: La boca estrecha se introducirá en la colmena, y soplando por el otro lado se hace llegar el humo a las abejas, las cuales, no pudiendo soportar este olor, se pasan a la parte anterior de la colmena inmediatamente, y alguna vez salen de ella. Cuando hay proporción de registrarla con más libertad, si hay dos enjambres, por lo común se encuentran dos especies de panales, los cuales, aunque estén en paz, cada uno guarda su costumbre para arreglar y dar figura a sus ceras.

Todos los panales están siempre suspendidos en la parte superior de las colmenas y ligeramente adheridos a las paredes, de suerte que no lleguen al suelo, porque esto da paso a los enjambres. Por otra parte, la forma de los panales esta modelada por la de las colmenas, pues sus capacidades, ya sean cuadradas, ya redondas o largas, dan a aquellos sus figuras como una especie de molde; por esto los panales no se tienen siempre de una misma forma. Pero éstos, sean como sean, no se sacarán todos; pues en la primera castra, cuando todavía abunda la comida en los campos, ha de dejarse la quinta parte; en la segunda, cuando ya se está temiendo que llegue el invierno, se dejará la tercera. Sin embargo, esta proporción no es fija en todos los países, pues ha de proveerse a la subsistencia de las abejas en cada uno según sea el número de flores y la abundancia de comida. Si las ceras suspendidas a la colmena están alargadas perpendicularmente, han de cortarse los panales con la herramienta parecida a un cuchillo, procurando recibirlos en los brazos, que se pondrán debajo, y de esta manera se han de sacar. Mas si los panales están adheridos horizontalmente a lo alto de la colmena, entonces se necesita una herramienta con la punta encorvada, para que se corten apretándolos con ésta. Se deben sacar los viejos o defectuosos, y dejar sobre todo los sanos y llenos de miel, y los que tengan huevos, a fin de que se reserven para la reproducción de un enjambre. A continuación todos los panales que se hubieren sacado han de llevarse al sitio en que quieras sacar la miel, y han de taparse los agujeros de las paredes y de las ventanas, para que las abejas no puedan entrar en él por parte alguna, porque se obstinan en buscar sus riquezas que han perdido, y en encontrándolas, las consumen. Para evitarlo, ha de hacerse humo con los referidos materiales en la entrada de aquel sitio, para que eche de allí a las que intenten entrar. Los panales que estén atravesados en la entrada de las colmenas castradas han de volverse para que las partes posteriores sirvan a su vez de entradas; pues de esta suerte en la próxima castra se sacarán más bien los panales antiguos que los nuevos, y se renovarán las ceras, que son tanto peores cuanto más antiguas.

Si por casualidad las colmenas estuvieran revestidas de fábrica, y por lo tanto fueren inmuebles, tendremos cuidado de que se castren unas veces por la parte posterior y otras por la anterior. Esto deberá hacerse antes de la hora quinta del día, después repetirlo pasada la nona, o al día siguiente. Mas sean cuantos fueren los panales que se han recogido, conviene

extraer de ellos la miel el mismo día de la castra. Mientras están calientes, se cuelga en un sitio oscuro un cesto de sauce, o una manga de mimbre menuda de tejido claro, parecida a un cono inverso, como el que sirve para colar vino; en seguida se echan en ella los panales hechos pedazos; pero se ha de tener cuidado de separar aquellas partes de ellos que tengan larvas o inmundicias rojas, pues son de mal gusto y con su jugo echan a perder la miel. Luego que la que se ha colado ha caído en un lebrillo que se habrá puesto debajo, se muda a vasijas de barro, que estarán destapadas hasta que deje de hervir la miel nueva, la cual ha de limpiarse a menudo con una espumadera. Después se exprimen con las manos los fragmentos de los panales. que han quedado en la manga; pero la miel que dan es de segunda calidad, la cual los más curiosos la guardan aparte, no sea que la que es de un gusto excelente se deteriore mezclándole ésta.

[Volver arriba](#)

XVI

De La cera

El fruto de la cera, aunque de poco valor, no ha de pasarse en silencio, siendo su uso necesario para muchas cosas. Los restos de los panales, así que se han exprimido y se han lavado bien en agua dulce, se ponen en una caldera de cobre, y echándoles agua por encima se derriten al fuego. Luego que esto se ha hecho, se derrama la cera sobre paja o juncos, y se cuele; se cuece de nuevo como la primera vez, y se echa a los moldes que se tienen a efecto, llenándolos antes de agua; en estando cuajada es fácil sacar la cera, porque el agua que hay debajo impide que se pegue a los moldes.

[Volver arriba](#)

Fin del libro

